RENOVACION

BOLETIN MENSUAL DE IDEAS LIBROS Y REVISTAS DE LA AMERICA LATINA

JUNIO de 1923

Director: GABRIEL S. MOREAU

Red. y Admin: VIAMONTE 791, Buenos Aires

Número Suelto 0.20 cts.

SUSCRIPCION POR DOS AÑOS — Argentina . . . . . $ 5.— m/n. — Exterior . . . . . $ 3.— oro

TARIFA DE AVISOS (Calificados) — Columna ancha, por centím. $ 7.— m/n. — " angosta, por centím. $ 5.— m/n.

Los ideales universitarios deben mantenerse libres de toda contaminación política

La reforma universitaria iniciada por los estudiantes de Córdoba en 1918, extendida luego a toda la república, ha tenido ya resonancias fecundas en varias universidades de la América Latina. Creemos útil, por ello, señalar uno de los más graves inconvenientes con que ha tropezado en la Argentina, fruto de la inexperiencia juvenil.

Cuando el movimiento se hizo irresistible y su triunfo era inevitable, los hombres del partido político que gobernaba el país lo auspiciaron para aprovecharlo en su propio beneficio. Con las fáciles prebendas de que dispone el poder, fueron seducidos los dirigentes más entusiastas del movimiento estudiantil, que a cambio de buenos destinos en el presupuesto se convirtieron en adeptos políticos del partido que los favorecía.

Se hizo la reforma universitaria con un criterio estrecho y las aspiraciones idealistas de la juventud quedaron relegadas a segundo plano, reduciéndose todo a permitir que los estudiantes "convertidos" al partido oficial hostilizaran a los profesores que no le eran adictos, para que en las vacantes tuvieran colocación los adláteres del gobierno.

Muchas ventajas "electorales" obtuvieron los estudiantes, que les aseguraron cierto influjo en la constitución de los cuerpos directivos de las universidades; pero es notorio que los manejos políticos hicieron que triunfasen los candidatos estudiantiles cuando eran del elenco político oficial, y que los candidatos fuesen desalojados o derrotados cuando no lo eran. De manera que a poco andar, en la mayoría de los casos, los nuevos derechos estudiantiles se redujeron a servir de instrumento inconsciente para realizar los fines políticos del partido que les dispensó su protección cuando ya habían triunfado.

Las consecuencias de esta maniobra, secundada inconscientemente por los estudiantes, aparecen hoy en su cruda realidad. El cambio de gobierno ha traído aparejada una pérdida de influencia de los políticos que habían amparado y protegido la reforma universitaria; y todos los enemigos del gobierno anterior parecen estar de acuerdo para privar a los estudiantes de los nuevos derechos adquiridos, considerando que la reforma universitaria fué un acto político del gobierno anterior.

Esta situación, cuyos resultados pueden anular lo poco conquistado por la juventud universitaria en cuatro años de lucha, contiene grandes enseñanzas para los estudiantes de las otras universidades de nuestra América, empeñados hoy en una lucha análoga.

Es indispensable evitar que los políticos se mezclen a los movimientos estudiantiles, pues la protección que hoy puedan dispensarles contiene peligros graves para mañana. Además de su influencia desmoralizadora y corruptora de los ideales de la nueva generación, los políticos crean una complicidad entre la reforma universitaria y su propia actuación política, convirtiendo en cuestión de bandería lo que es cuestión de cultura general.

Los estudiantes deben impedir que la política se mezcle en las cuestiones universitarias; y, sobre todo, es su deber moral rechazar todo apoyo político que indefectiblemente les creará complicidades indeseables.

Raúl H. Cisneros.

V A L O R E S

La situación política mundial consecutiva a la guerra ha producido una saludable alteración de los valores intelectuales en nuestra América Latina. Problemas nuevos han surgido, vitales para nuestras nacionalidades; frente a ellos la nueva generación reclama ideas, orientaciones e ideales, que sirven de puntos de partida para dar a nuestros pueblos una personalidad conspicua ante los progresos que los nuevos tiempos anuncian en el orden político, social, ético, económico y educacional.

La juventud busca maestros, pide a los escritores que le expongan su mensaje. Las mismas figuras del pasado sufren variaciones de valor y con sobrada frecuencia vemos plantearse el problema de cuales nombres consagrados merecen mayor culto de la nueva generación latino-americana; prescindimos, desde luego, de los puramente locales, que, si admirados en su terruño, son totalmente desconocidos en lo restante del continente.

Aparte de los próceres militares y políticos — que no entran en nuestras consideraciones — los astros de brillo más vivido y constante han sido Bello, Sarmiento, Montalvo, Lastarria y Darío; sus nombres no son glorias regionales sino continentales, sin perjuicio de que cada país crea haber sido cuna de un par de lumbreras tan conspicuas como los citados. De éstos solamente conserva influencia y valor actual Rubén Darío, que marcó un sendero nuevo a toda la generación precedente; los demás, si dignos de la estatua, encuentran ya escaso eco fuera de sus países y la juventud ilustrada de América los admira por costumbre o los lee por curiosidad.

No son hombres de nuestra época; los admiramos pero no nos interesan. Y cuando algún crítico ilustre nos hace su merecida apología, tenemos la impresión de escuchar un elogio fúnebre que no contiene [illegible] válidas para el presente.

Algo ha cambiado en los últimos diez años; algo substancial en nuestro espíritu, que nos hace mirar con displicencia las corrientes literarias e ideológicas, que caracterizaban a la generación anterior. El modernismo, el misticismo, el intuicionismo, el teosofismo, comienzan a parecernos ingeniosos entretenimientos de una generación sin ideales civiles, mansa y ergotista, preocupada de disimular con refinamientos de palabras su inercia para el pensamiento y para la acción.

Este nuevo estado de espíritu, común a la juventud de hoy, tiene su expresión más acabada en el creciente culto por Martí y Rodó, que en todo el continente son llamados maestros, compartiendo su prestigio con el ya venerable Varona, y con Ingenieros y Vasconcelos que se encuentran en plena virilidad.

Poetas eminentes y justamente admirados, como Díaz Mirón, Chocano, Lugones, Jaimes Freire y Valencia, con ser de reputación continental, no logran hoy tener fuera de sus países una influencia comparable a la que tuvieron hace algunos años Acuña, Flores o Silva, con ser éstos literariamente inferiores.

Forzoso nos parece deducir de esos hechos una consecuencia digna de meditarse. La nueva generación ha modificado su tabla de valores intelectuales, en consonancia con la modificación de la realidad política y social de la hora presente. Ha comprendido que la literatura, excelente en sí misma, resulta mejor si sirve de vehículo a pensamientos o ideales que expresen la inquietud y el anhelo de su época; si tiene un valor civil, social y político, en el sentido más general de esas palabras.

Consignamos ese hecho con satisfacción y es nuestro deseo inducir a la juventud latino-americana a preocuparse de los problemas vitales de nuestros pueblos, tan necesitados de mejorarse en su constitución interna como de resistir a los imperialismos que desde fuera los amenazan. Admiramos las formas literarias y les reconocemos todo su valor; pero admiramos y valoramos más a las ideas, convencidos de que el más hermoso ropaje carece de función si no viste a un organismo viviente.

Miraríamos con tristeza que se entretuviera en pulsar la lira modernista, mística o dadaísta, mientras la garra del capitalismo imperialista se tiende amenazadora sobre los pueblos de nuestra América Latina.

Contra la paz armada

Por M. A. Montes de Oca

Discurso pronunciado en la sesión de clausura de la Conferencia Panamericana de Santiago, el 3 de Mayo de 1923.

Las labores de la conferencia tocan a su término dejando en los espíritus la convicción de que la solidaridad continental se ha fortificado con el contacto de aspiraciones a veces en choque, pero que han encontrado fórmulas de concordancia orientadas en el propósito de mantener ideales comunes. No encuadra, empero, en este conjunto de armonía la falta de la solución al punto XII de nuestro programa, punto sobre el cual toda la América y aún la Europa tenían fijas sus miradas ante la perspectiva de que pudieran surgir de los debates garantías eficaces de paz y seguridades absolutas de que el sudor humano en nuestras tierras no se emplearía más en aglomerar elementos de exterminio, de desolación y de muerte.

La delegación argentina que ha aportado al estudio del programa el ardor derivado de convicciones, arraigadas en su gobierno y en su pueblo, y que ha luchado por alcanzar consecuencias prácticas, se siente en el deber de expresar ante las Américas congregadas en este solemne congreso que la falta de éxito ha defraudado sus esperanzas.

Durante los estertores que conmovieron a la humanidad últimamente derrumbando ciudades, dogmas, tronos, e instituciones, asentados sobre el consenso de los siglos, la Argentina, guarecida en las faenas del trabajo, llegó a creer que despertada la conciencia del mundo surgirían aquí y allá, pero especialmente donde hay rencores, esfuerzos enérgicos para proscribir de las gestiones internacionales el recurso a la violencia regresiva de las armas. El cataclismo dejó ejemplos y enseñanzas, y parecía que de entre los escombros de los viejos prejuicios idólatras de la fuerza florecía vigorosa la civilización del porvenir, robustecida por una comprensión más neta de los derechos del hombre, la cual proclamaría con el concurso de todas las voluntades y como conquista definitiva, la eliminación de los grandes ejércitos y de las grandes armadas, que consumen la fortuna pública, constituyen una amenaza constante de la paz y apartan de la obra de progreso hombres y capitales, riquezas acumuladas y sanas energías.

La Argentina, fiel a sus tradiciones jamás desmentidas y con fe inquebrantable en el poder de la justicia, ha predicado con la palabra y con el ejemplo la difusión del arbitraje amplio y obligatorio como medio de dirimir contiendas entre pueblo y pueblo y la necesidad de combatir la paz armada letal en el territorio de América.

La Argentina, que vive preocupada, lo repito una vez más, de impulsar su cultura y sus progresos en todas las manifestaciones de la actividad, no se encuentra hoy en cuanto a sus fuerzas de mar y tierra ni a la altura de sus recursos, ni de sus riquezas, ni de sus necesidades. Sus gastos militares, comparados con los de otras naciones del continente, son, reducidos si se les estudia a la luz de los grandes factores que traducen la importancia económica y financiera de su país; esos gastos marcan los índices más bajos que registran las estadísticas cuando se les aprecia en relación al monto total de los presupuestos, a los abultados guarismos del comercio exterior, al encaje de oro que guarda en las arcas de sus institutos públicos y que garantizan su moneda, de las más sanas del mundo, a la extensión de sus vías férreas, a la masa de mercaderías que se transportan por ellas y, lo que es más halagador, a las sumas destinadas a la instrucción de sus niños.

En mi patria hay la certidumbre de que la paz armada no puede prosperar en el solar americano, llamado por la naturaleza a hacer florecer simientes de libertad y de trabajo al amparo de la simbólica oliva; nadie piensa allí en armas; la Argentina no ha adquirido desde 1911 ni un cañón ni una ametralladora, ni ha preparado en sus arsenales ni un sable ni una lanza; los adelantos modernos, fruto de la cruel experiencia del último espasmo mundial, no han sido utilizados por sus ejércitos o por su escuadra; pero en cambio la Nación ha esparcido escuelas a millares por todas las provincias; ha educado las masas ciudadanas y ha sembrado beneficios a favor de los humildes, pero eficaces obreros de su desenvolvimiento. En 1921 el Congreso elevó el sueldo mínimo de los servidores del Estado con el fin de proteger a sus empleados más modestos; esa medida humanitaria en homenaje al desvalido importó, señores delegados, un aumento superior por sí sólo en varios millones de nuestra moneda a las cantidades que en conjunto se insumen para sostener la totalidad del ejército de la Nación. No quisiera enunciar cifras, pero algunas perfilan de tal modo las tendencias argentinas que no me es dable omitirlas; por cada uno de los soldados que revistan en filas, la Nación tiene dos maestros dedicados a las enseñanza primaria.

M. A. Montes de Oca

Dominada así el alma de nuestro pueblo por su amor a la paz, se anuncia un día la conferencia de Santiago. Las repúblicas de América son convocadas a esta bella y hospitalaria capital para abordar importantes problemas sociales y económicos de interés común y para considerar la reducción y limitación de los gastos militares y navales bajo una base justa y practicable. El concepto, ya realidad en la Argentina, se iba a traducir en realidad americana; la cláusula noble iniciada por Chile había sido unánimemente aprobada en Wáshington, con la redacción que le diera el secretario de Estado de los Estados Unidos. Se diría que la idea de reducir y limitar los gastos militares y navales estaba flotante en la atmósfera y de antemano aceptada; se diría que sólo quedaba por determinar la base justa y practicable para obtener tan humanitario resultado. La delegación argentina se incorporó por eso a la conferencia henchida de esperanzas y dispuesta a agotar esfuerzos para determinar la fórmula que diera vida al objetivo. Flaqueó, no obstante, el entusiasmo apenas comenzadas las tareas; el tema pareció esfumarse de improviso; en lugar de ser afrontada derechamente su solución se pusieron en debate declaraciones para enaltecer los beneficios de la paz o para condenar teóricamente el exceso de armas; se esbozaron recomendaciones de convenios entre Estados, sugerencias para no adquirir buques cuya construcción impide el tratado de Wáshington o para no emplear los medios crueles de ofensa que las convenciones internacionales repudian. La delegación argentina no pudo aceptar que esos fueran los tópicos a tratar y expresó que tales discusiones no atacaban a su juicio el problema indicado en el punto doce del programa y que, como su país había concurrido a la conferencia inspirado en el propósito de llegar a la realidad de los hechos, a la reducción y limitación de los gastos militares y navales, aspirando de este modo a hacer obra efectiva de panamericanismo, su delegación se sentía obligada a manifestar que esas declaraciones y recomendaciones abstractas, si bien no podían menos que merecer su voto, distaban mucho desgraciadamente de satisfacer el ideal argentino y de llenar las expectativas cifradas por nuestro gobierno y por nuestro pueblo en los resultados de esta asamblea.

La línea de nuestra conducta fué recta e invariable cuando la delegación de Chile, procediendo en consonancia con la iniciativa de su gobierno, facilitó el estudio del problema, y cuando en procura de soluciones puso en debate sus propuestas. La delegación argentina les prestó su caluroso apoyo dentro de los principios fundamentales de su dogma. Sólo rechazamos de plano los proyectos que importaban nuevas erogaciones y expresamos con leal franqueza que el acrecentamiento de desembolsos para sostener una paz armada convencional contrariaba nuestros propósitos.

Los arreglos que perseguimos no podrían ser los que condujeran a malbaratar recursos; no podíamos ligarnos voluntariamente a pactos que nos llevaran a distraer en fuerzas armadas excesivas elementos que la Nación requiere para impulsar su cultura y acrecentar el bienestar de sus hijos. Los acuerdos internacionales que auspicien gastos sobre gastos en elementos bélicos no contarán jamás con nuestra anuencia; los anhelos argentinos no se satisfacen con la reglamentación de la paz armada, sólo se colman con su extirpación de raíz.

La delegación argentina ha extremado sus esfuerzos por cooperar a la proposición de Chile; creyó que mancomunadas en el mismo propósito todas las naciones, era fácil el logro de los objetivos, y que de esta conferencia podría salir triunfante en su aplicación americana la tendencia que inspira el espíritu popular de mi país y que predomina en los consejos de su gobierno. La esperanza se ha desvanecido.

Como el problema era uno y abarcaba el ejército y a la armada, Chile consecuente con la iniciativa feliz de su diplomacia, invitó a todas las naciones a determinar sus respectivas fuerzas de tierra y los medios bélicos de sus ejércitos. La Argentina, en el deseo de arribar a resultados, estuvo siempre dispuesta a exhibir sobre la mesa de la Conferencia el estado completo de sus unidades y de sus elementos de combate. Cuando se procuran convenios francos no caben reservas entre las par-

Nuestra Defensa Nacional

Por Arturo Orzabal Quintana

No hay país en el mundo, nos atrevemos a afirmarlo, cuya opinión pública no considere que la defensa nacional constituye el deber primordial del Estado, deber ante el cual toda otra preocupación colectiva resulta accesoria, todo sacrificio enteramente justificado. Los gobiernos, sin ningún excepción casi, fomentan deliberadamente esta convicción, y los pueblos aceptan como inevitable la pesada carga que, aún para los más prósperos, implican los gastos navales y militares.

La América Latina, inmensamente rica por sus recursos naturales, es al mismo tiempo notoriamente débil frente al temible poderío de las grandes potencias mundiales. La defensa nacional es entonces, para nosotros, latino-americanos, el más vital de los problema.

Hasta aquí nuestra opinión, como se ve, coincide en un todo con la opinión general. Somos débiles y necesitamos defendernos. La opinión particular del grupo a que pertenecemos, vamos a expresarla al responder a las siguientes preguntas, que es indispensable formular: ¿Contra quién? ¿En qué forma?

Lo que a todos y a cada uno de nuestros pueblos toca defender, en la hora histórica que vivimos, es la libre y autónoma existencia nacional. No confundamos las apariencias con las realidades: de nada sirve, a un pueblo latino-americano cualquiera, conservar la soberanía teórica sobre su territorio, poseer un fuerte ejército y una poderosa marina, figurar como Estado independiente en los concilios internacionales, si su gobierno, por una u otra razón, es simple y dócil agente de un Estado extranjero, sumiso a los deseos, a los intereses y a la voluntad de dicho Estado; independiente de derecho, el pueblo así traicionado por sus dirigentes, es vasallo de hecho.

Todos los que observamos fríamente la realidad latino-americana, sin dejarnos engañar por la retórica de los interesados en gobernar o enriquecerse a la sombra de la hegemonía yanqui, sabemos perfectamente que varios gobiernos latino-americanos son simples sucursales de la Casa Blanca. Y esto urge que lo sepan todos los pueblos interesados, para abordar como conviene el grave problema de su defensa nacional.

La historia muestra con elocuente evidencia que la fuerza material, por sí sola, puede destruir Estados pero no suprimir nacionalidades espiritualmente fuertes. El peligro para la América Latina proviene, más que de su debilidad material, de su debilidad moral. La armada yanqui podría bloquear nuestras costas y el ejército yanqui ocupar nuestras ciudades, mas con ello el imperialismo del norte sólo lograría avivar nuestro nacionalismo y fortalecer nuestra resistencia. Sus métodos de conquista, como todo lo yanqui, son inteligentes y de índole bien moderna. Consisten esencialmente en fingir adhesión a los elevados principios de un panamericanismo tranquilizador, para sobornar impunemente, al amparo de nuestro letargo espiritual y del engaño diplomático en que vivimos, las conciencias de los políticos inmorales que constituyen nuestra vergüenza y la peor desgracia de nuestros pueblos. La intervención armada, como lo atestiguan las Antillas y Centro América, es tan sólo la etapa final de la conquista.

La progresiva unificación económica, jurídica y cultural del continente, preludio indispensable de su unificación política bajo el gobierno yanqui, es la tarea encomendada a la Unión Panamericana de Washington, con la complicidad — consciente o inconsciente, y en todo caso imperdonable — de los gobiernos latino-americanos.

Algunos de éstos, contando con el apoyo de la prensa subvencionada por las respectivas cancillerías, pretenden hacer creer a sus pueblos que tal o cual nación vecina es el enemigo contra el que ha de organizarse la defensa nacional, debiendo consistir dicha defensa en el aumento del ejército y la flota. En vano intentó el gobierno argentino, durante la estéril Conferencia de Santiago, promover un acuerdo general que extirpase del suelo americano la odiosa paz armada. El punto de vista del Brasil, según el cual cada país deberá armarse como mejor le plazca, triunfó plenamente. La América Latina, en consecuencia, verá crecer en el futuro sus fuerzas militares y navales, pues el ejemplo del Brasil, sin ninguna especie de duda, será imitado por todas las otras naciones sucesivamente.

Todos seremos, pues, más fuertes que en la actualidad. ¿Deberemos felicitarnos de ello?

Si el incremento de las fuerzas armadas latino-americanas asegurase nuestra defensa nacional frente al imperialismo yanqui, ciertamente. Lo triste e infinitamente lamentable, empero, es que la rivalidad armada de nuestras naciones producirá un resultado diametralmente opuesto.

Somos débiles, en efecto, porque nuestra civilización, comparada con la anglosajona, es rudimentaria; porque nuestros pueblos son semi-analfabetos; porque nuestras finanzas públicas, desastrosas, no guardan relación alguna con las potencialidades extraordinarias de nuestro desarrollo económico; porque nuestra desunión, finalmente, nos torna decididamente impotentes ante la grandiosa cohesión nacional de los yanquis.

Los gobernantes del norte conocen a fondo este estado de cosas, y por eso, precisamente, han presenciado con hipócrita indiferencia los debates de Santiago sobre el desarme, siendo que les hubiera bastado apoyar la tesis argentina para que la paz armada fuese extirpada de nuestro suelo. Los yanquis saben que cada nuevo cañón que compremos a los industriales de la muerte, cada nuevo acorazado o submarino que encarguemos a sus astilleros, representa un paso más hacia el abismo de nuestra insolvencia. Saben que en el fondo de ese abismo se halla el acreedor de Wall Street, dispuesto siempre a aceptar arreglos a cambio de nuestra independencia nacional.

Contra los planes siniestros del capitalismo yanqui los pueblos latino-americanos deben reaccionar ahora mismo, sin pérdida de tiempo, antes que sea demasiado tarde. Debemos reaccionar espiritualmente. Todos los que, en nuestra América Latina, percibimos la pavorosa verdad, tenemos el deber sagrado de unirnos para proclamarla. Debemos luchar en formas múltiples hasta obtener la movilización general de los espíritus latino-americanos. En esto consiste, primordialmente, nuestra defensa nacional.